

El amigo de Gauguin brilla con luz propia

El Bellas Artes de Bilbao dedica una gran muestra a Francisco Durrio, el artista que conectó a los creadores vascos con la vanguardia de París



Sobre la muerte. San Cosme con una calavera, escultura diseñada para la cripta de la familia Echevarrieta en Getxo.



IÑAKI ESTEBAN

Twitter: @inakiesteban

BILBAO. En la cuesta del barrio parisino de Montmatre, hoy atestado de tiendas de 'souvenirs', vivieron a principios del siglo XX las figuras de la vanguardia heroica, como Modigliani o Matisse. En el recodo de una curva se encontraba un inmueble al que Picasso bautizó como el 'Bateau-Lavoir', el barco lavadero. Por su estructura de madera, se parecía a los barcos amarrados a orillas del río Sena, que se utilizaban precisamente como lavaderos. Allí se expuso por primera vez 'Las señoritas de Avignon' y entre sus inquilinos destacaba la figura de Paul Gauguin.

Un joven con estudios en la Escuela de Artes y Oficios de Atxuri, en Bilbao, Francisco Durrio, llegó a la capital francesa en 1889 y al 'Bateau-Lavoir' en 1901. Allí se hizo amigo de Gauguin y abrió una especie de embajada artística para ayudar a

los artistas españoles que llegaban con lo justo en el bolsillo. Gracias a él, creadores vascos como Zuloaga, Iturrino y Juan de Echevarría, y catalanes como Ramón Casas y Anglada-Camarasa, pisaron el suelo parisino con seguridad y se enteraron de lo que pasaba en el mundo artístico, que era mucho y muy vivo.

Durrio ha pasado a la historia como el amigo de Gauguin y Picasso, a quien también echó una mano, y como la conexión vasca para los artistas recién llegados a París en los inicios del pasado siglo. Pero hasta ahora poco se sabía de su obra, excepto su monumento al compositor Juan Crisóstomo de Arriaga situado en el estanque del Museo de Bellas Artes de Bilbao, y una media docena de obras en la colección del mismo museo. Es también el lugar en el que ayer se inauguró una exposición que, con el título de 'Francisco Durrio

(1868-1940). Sobre las huellas de Gauguin', restituye el mérito de este escultor, ceramista y orfebre.

Los cafés y el cancán

La muestra está comisariada por Javier González de Durana, historiador, crítico y actual director del Museo Balenciaga. Publicó su primer artículo sobre Durrio hace treinta años y desde entonces le ha ido siguiendo la pista. A él y a sus obras, desperdigadas por colecciones particulares. Gracias a este labor detectivesca se pueden ver ahora en el museo la práctica totalidad de las piezas cataloga-

das del artista, casi un centenar.

En la presentación de la muestra estuvieron la diputada de Cultura, Josune Ariztondo; el director de la Fundación BBK, Gorka Martínez, representante de la entidad que patrocina la exposición; el director del museo, Javier Viar, además del comisario. También estuvo Flora Pié, heredera de Joan Pié, un colaborador de Durrio, que ha donado al museo cuatro cerámicas del artista vasco.

«De pequeño tamaño, con ojos muy azules, limpios, casi transparentes». Así le describieron sus amigos a Durrio, según aparece en el texto con el que comienza la exposición. La primera parte está precisamente dedicada a los artistas con los que se relacionó este artista nacido en Valladolid pero formado en Bilbao, la ciudad con la que mantuvo una estrecha relación.

Para llevar al espectador al ambiente parisino en el que vivió el artista, la muestra

utiliza cuadros de Ramón Casas, de Adolfo Guiard, Santiago Rusiñol e Iturrino. El bullicio de las calles y los cafés, las carreras de caballos y el cancán sitúan a Durrio en un París abierto a la novedad, a las modas, al cambio, con la fuerza que le daba ser el centro mundial de la cultura.

Un cuadro grande y exótico de Juan de Echevarría, 'Mestiza desnuda', desvela la influencia que tuvo Durrio en sus amigos de manera indirecta, como introductor de corrientes y artistas, en este caso Gauguin. A este pintor se dedica una de las salas más importantes de la muestra.

«Gauguin murió en 1903 como un maldito, sin que se le reconociera su valor. Gracias a la colección de cuadros suyos que heredó Durrio se pudo establecer en parte la altura del creador», explicó González de Durana. También le sirvieron las obras al artista bilbaíno para sobrevivir con su venta, pues sus finanzas nunca estuvieron saneadas. Era muy perfeccionista, producía poco y con las ayudas de mecenas como la familia Echevarrieta no siempre le bastaba.

Algunos lienzos, acuarelas y dibujos de Gauguin se exponen al final



Los colores de Gauguin. 'Abanico. Paisaje de Martinica'.